

cesitaba más tiempo. El Duque estuvo cariñoso con Clara, pero notóse en él un tinte de ligereza que contrastaba con su anterior atenta ternura.

Gastón frecuentó desde su llegada á San Petersburgo la sociedad rusa, la más corrompida que hay en el mundo, y volvía á París con ideas propias respecto al amor. La expresión de su semblante se había modificado, como los sentimientos de su corazón. Sus facciones eran más acentuadas y duras, y en su frente, antes tan pura, notábase una sombra de vida disipada. No vió ó no quiso ver Clara estos cambios. Profesaba al Duque inalterable cariño, y esperaba confiada en la palabra del caballero. Las cartas de Gastón, frecuentes al principio, fueron poco á poco disminuyendo, aunque siempre contenían apasionadas protestas y profundo sentimiento por las dilaciones puestas á su dicha; pero no hablaba de volver, y hacía ya dos años de su partida.

A petición de su hija, tuvo la señora Beaulieu cerrados sus salones en estos dos inviernos. La prometida esposa quería vivir en el retiro para evitar las solicitudes de los pretendientes, que no se desanimaban.

Octavio seguía su carrera de abogado, y á la Marquesa preocupaban cada vez más los papelotes de su interminable pleito.

Al llegar la primavera, y por uno de esos caprichos que le eran habituales, deseó

Clara visitar la finca de Beaulieu, levantando el interdicto puesto por su padre. Incapaz la Marquesa de resistir á la voluntad de su hija, y juzgando útil distraerla, consintió en este viaje.

Por tal causa, el joven Marqués, que acababa de licenciarse, se encontró una hermosa mañana de octubre, con la escopeta al hombro y acompañado de su perro, en los bosques del Sr. Derblay.

II.

A la hora en que el Marqués volvía con la pesada carga al palacio, la señora de Beaulieu y Clara, sentadas en el salón grande, disfrutaban del final de este hermoso día. Por los anchos balcones penetraban los rayos del sol, haciendo brillar el oro bruñido de los marcos que contenían los retratos sonrientes ó graves de los antepasados, vestidos de uniforme ó de etiqueta. El mueblaje de estilo Luis XVI, de madera tallada y pintada de blanco con filetes verde mar, estaba tapizado de seda bordada representando las metamorfosis de Ovidio. Un ancho y bajo biombo forrado de terciopelo de Génova rodeaba la espaciosa poltrona, en la que sentada la Marquesa, hacía con grande atención

gorritos de lana para los niños de la aldea.

La señora de Beaulieu contaba ya más de cuarenta años; su rostro grave y simpático lo coronaba el cabello casi blanco, dándole noble aspecto. Sus negros y melancólicos ojos parecían húmedos todavía por las secretas lágrimas que había derramado. Delgada y débil, tenía la Marquesa delicada salud, y tomaba toda clase de precauciones. A pesar de la apacible temperatura de aquella tarde, un gran chal extendido sobre las rodillas protegía del contacto del aire sus menudos pies, que por persistente coquetería calzaba con zapatos bajos de satén negro.

Arrellanada en ancha butaca, con la cabeza sobre el respaldo y dirigiendo la vista al cielo, miraba Clara, sin fijarse, el admirable horizonte que ante ella tenía. Más de una hora estaba allí inmóvil y silenciosa, bañada por el sol, que hacía brillar sus rubios cabellos como aureola de Virgen.

Hacía algunos instantes que la Marquesa miraba con inquietud á su hija dibujándose en sus labios triste sonrisa, y para llamar la atención de Clara removió afectadamente la canastilla donde estaban los ovillos de lana, acompañando al movimiento significativos ¡jem! ¡jem! Pero la joven, insensible á este indirecto llamamiento, continuó inmóvil y preocupada por sus ideas con implacable tenacidad. Puso entonces la Marquesa su obra sobre el velador, é incorporándose en la

poltrona dijo en tono de amable censura:

—¡Clara!... ¡Clara!...

La señorita de Beaulieu cerró un momento los ojos como para despedirse de su ilusión, y sin mover la cabeza puso sobre los brazos de la butaca sus bellas y blancas manos.

—¿Mamá?—respondió.

—¿En qué piensas?

Clara permaneció un momento silenciosa. Ligera arruga apareció en su frente, y haciendo después un esfuerzo, contestó con aspecto tranquilo:

—No pensaba en nada, mamá; el tibio ambiente me había adormecido. ¿Por qué me has llamado?

—Para que me hables,—dijo la Marquesa con acento de afectuosa reprensión;—para que no estés así muda y absorta.

Hubo un momento de silencio; Clara volvió á su anterior distraído abandono, y la Marquesa, inclinada hacia adelante, dejó caer el chal sin cuidarse de la fresca brisa. La señorita de Beaulieu, volviéndose lentamente hacia su madre le mostró su hermoso y triste semblante, y como si continuase en voz alta el giro de las ideas que la preocupaban en silencio, dijo:

—¿Cuánto tiempo hace que no hemos recibido carta de San Petersburgo?

La Marquesa movió la cabeza como diciendo: Bien sabía yo lo que te preocupaba;

y con acento que procuró fuese tranquilo, contestó:

—Hará unos dos meses.

—¡Dos meses! Sí;—repitió Clara con doloroso suspiro.

Esta vez la Marquesa se impacientó, y levantándose de pronto fué á sentarse junto al balcón y frente á su hija, á quien cogió por la mano.

—Vamos, ¿por qué piensas sin cesar en eso, atormentándote el alma?

—¿En qué quieres que piense—contestó Clara con amargura—sino en mi prometido? ¿No he de atormentarme el alma, como tú dices, investigando los motivos de su silencio?

—Confieso que es difícil explicarlo. Después de vivir ocho días con nosotros el pasado año, mi sobrino el Duque Bligny volvió á San Petersburgo, prometiéndome venir á París durante el invierno. Escribió primero que le detenían allí asuntos políticos; pretextó después que, terminado el invierno, esperaba el verano para volver á Francia; llegó el verano, pero no el Duque. Estamos en el otoño, y ya no acude á pretextos, ni se toma la molestia de escribirnos. Supongamos que sólo es descuido. Aun así es una falta. Todo degenera, hija mía, y los hombres de nuestra época ni siquiera saben ser atentos.

La Marquesa irguió su blanca cabeza, bastante parecida á la de las señoras de em-

polvados cabellos que sonreían en los retratos de familia colocados en las paredes del salón.

—¿Y si está enfermo,—indicó Clara intentando defender al que amaba,—y no puede dar noticias tuyas?

—Es una suposición inadmisible,—replicó sin piedad la Marquesa,—porque nos lo hubieran dicho de la Embajada. Ten seguridad de que se encuentra perfectamente sano, alegre y satisfecho, y de que ha dirigido todo el invierno el cotillón en los salones de la aristocracia rusa.

Demudóse el semblante de Clara, y como si toda la sangre de sus venas se agolpara al corazón, palideció, diciendo con forzada sonrisa:

—Me había prometido pasar el invierno en París, ¡y me alegraba tanto la idea de que nos encontráramos juntos en sociedad! Sus éxitos me hubieran enorgullecido, y acaso él advirtiera los míos. Hay que reconocer, mamá, que no es celoso, y sin embargo, motivos hay para que lo fuera, porque adonde quiera que vamos soy muy obsequiada, y aun aquí mismo, en este desierto de Beaulieu, no me faltan adoradores; hasta nuestro vecino el dueño de la ferrería se atreve...

—¿El Sr. Derblay?

—¡El Sr. Derblay, sí, mamá! El domingo pasado, en la misa—tú no lo has no-

tado porque eres muy devota—leía yo en mi libro á tu lado, y sin saber por qué, me sentía molestada. Una fuerza más poderosa que mi voluntad atraía mi atención. A pesar mío volví la cabeza, levanté la vista, y en la sombra de una capilla ví al Sr. Derblay inclinado.

—Estaría rezando.

—No, mamá, estaba mirándome. Nuestros ojos se encontraron, y leí en los suyos una muda invocación. Bajé la cabeza y procuré no volverla hacia aquel lado. A la salida, esperaba en la puerta. No se atrevió á ofrecermé agua bendita, pero se inclinó profundamente cuando pasamos, y sentí que me seguía con la vista. Parece que es la primera vez que se le ha visto en misa este año.

Levantóse la Marquesa, y volviendo á la poltrona, se arrellanó en ella.

—Pues bien, que le valga en cuenta á ese mozo para la salvación de su alma. Bien pudiera, en vez de hacerte el oso, indemnizarnos del terreno que nos ha usurpado. ¡Se pondrá gracioso con sus mudas invocaciones! Despacio se necesita estar para ocuparse de los suspiros de ese ferrón, que nos dejará sordas el día menos pensado con sus martillos.

—Mamá, los homenajes del Sr. Derblay son respetuosos, y no tengo motivo para quejarme. Hablo de él porque es uno más

en el número de mis enamorados. En fin, suele decirse que el corazón de la mujer es voluble... el Duque no viene á defender el que es suyo, y el papel de Penélope, esperando continuamente la vuelta del que no llega, puede acabar por cansarme. Gastón debiera pensar en esto, pero de seguro no piensa, y yo permanezco aquí sola, paciente y fiel.

—Haces muy mal,—exclamó la Marquesa vivamente.—Si yo estuviera en tu caso...

—No, mamá,—interrumpió la señorita de Beaulieu con grave firmeza,—no hago mal ni hay mérito alguno en lo que hago, porque amo al Duque de Bigny.

—¡Tú le amas!—replicó la Marquesa sin poder disimular su irritación.—¡Qué exagerada eres siempre! Conviertes la amistad de la infancia en profundo amor, y el lazo del parentesco en indestructible cadena. Gastón y tú habéis crecido juntos. Crees que esta comunidad de existencia debe perpetuarse, y que no serás dichosa sin el Duque... Eso, hija mía, es una locura.

—¡Mamá!—exclamó Clara.

Pero la Marquesa habla empezado ya, y la ocasión que se le ofrecía de desahogar su alma era demasiado oportuna para que la dejase escapar.

—Te has formado grandes ilusiones respecto al Duque, que es ligero y frívolo y

que no podrá corregir sus conocidos hábitos de independencia. Sospecho que en lo porvenir has de tener muchos desengaños. Mira, ¿quieres que te diga la verdad? Pues no veré sin inquietud la realización de ese casamiento.

Irguióse Clara, y ardiente rubor cubrió sus mejillas. Las dos mujeres se miraron un momento sin hablarse, como si la primera palabra que se pronunciara entre ellas hubiera de tener excepcional gravedad. La señorita de Beaulieu no pudo contenerse, y con trémula voz dijo:

—Por primera vez, madre mía, me hablas de ese modo, y parece que quieres prepararme para que sepa una mala noticia. ¿Obedece la ausencia del Duque á motivos graves que me ocultas? ¿Has sabido acaso?...

Al ver la violenta emoción de su hija, tuvo miedo la Marquesa, comprendiendo mejor que en ninguna otra ocasión cuán profundo y tenaz era el amor de Clara. Vió que había avanzado demasiado, y retrocediendo rápidamente, añadió:

—No, hija mía, nada sé, nada me han dicho, y me parece que no me dicen ni siquiera lo necesario. El prolongado silencio de mi sobrino me admira... Creo que Gastón exagera un poco la diplomacia.

Tranquilizada Clara, atribuyó las vivas palabras de su madre á un descontento que

no podía menos de considerar legítimo, y procurando recobrar su serenidad, dijo:

—Vamos, mamá, ten un poco de paciencia. Segura estoy de que el Duque piensa en nosotras, y, sin que le esperemos, nos va á sorprender volviendo de San Petersburgo.

—Así sea, hija mía, puesto que lo desees. De todos modos hoy llegarán aquí mi sobrino Prefont y su esposa. Vienen de París, y acaso estén mejor informados que nosotras.

—Mira, ahí está Octavio, que entra por la terraza con maese Bachelin,—dijo apresuradamente la señorita de Beaulieu levantándose ligera para poner término á aquella penosa conversación.

Salió la joven del salón al aire libre. Tenía entonces veintidos años y estaba en todo el esplendor de su belleza. Su elevada estatura era de una elegancia exquisita, y sus brazos, maravillosamente unidos á magníficos hombros, terminaban en manos de reina. Los cabellos de oro, anudados en lo alto de la cabeza, dejaban ver una nuca redonda y de sonrosada blancura. Ligeramente inclinada hacia adelante, y con las manos apoyadas en el pasamanos de hierro de la escalinata, deshojando maquinalmente una de las flores trepadoras á él unidas, era viva encarnación de la juventud, con toda su gracia y todo su vigor.

Miróla un instante la señora de Beaulieu con verdadera admiración, y movió después silenciosamente la cabeza exhalando un último suspiro.

Los pasos de los dos recién llegados hacían crujir la arena de la terraza, y sus voces llegaban confusamente hasta el salón.

Maese Bachelín era un hombrecillo de unos sesenta años, regordete á causa de la inactividad de su trabajo de escritorio. Roja la cara, escrupulosamente afeitada; blancos los cabellos; vestido de negro, asomando apenas sobre las manos los puños de la camisa, era el tipo exacto del notario del antiguo régimen. Por todo extremo adicto á sus nobles clientes, diciendo «la señora Marquesa» con unción de devoto, defendía los intereses de la familia Beaulieu por derecho hereditario. Los Bachelín eran por nacimiento notarios de los señores del país, y el último de estos respetables depositarios de la fe poseía orgulloso en su estudio escrituras de la época de Luis XI, en las que se veía la firma ruda y feudal del marqués Honorato Onfroy Santiago Octavio, y la complicada rúbrica de maese José Antonio Bachelín, notario real.

La vuelta de los señores de Beaulieu á su palacio causó profunda alegría á aquel hombre excelente. Este suceso lo consideraba como el perdón de la ofensa de los aldeanos. La ausencia de sus nobles clientes la

sintió mucho, y teniéndoles al fin en aquella hermosa comarca, esperaba que volverían á la costumbre de pasar en ella todos los veranos. Deseoso de que apreciaran su saber, habíase puesto á la disposición de la señora de Beaulieu para desenmarañar las cuestiones del pleito en Inglaterra. Desde hacía seis semanas estaba en activa correspondencia con el abogado, encarrilando y haciendo adelantar el litigio. Maese Bachelín había conseguido más en mes y medio, que todos los consejos de la familia Beaulieu en diez años, y á pesar del mal pronóstico que el hábil notario hizo del resultado definitivo del pleito, la Marquesa estaba contentísima de su concurso y admirada de su actividad. Descubrió en él uno de esos servidores adictos, dignos de ser elevados al rango de amigos, y le trataba en este concepto.

Al venir al palacio encontró maese Bachelín al Marqués junto á la verja del parque, y al verle con tanta carga le quitó por fuerza la escopeta, poniéndosela debajo del brazo izquierdo, mientras con el derecho apretaba una cartera de cuero negro atestada de papeles.

—¡Eh! maese Bachelín; apenas puede usted moverse con tantos objetos,—dijo alegremente Clara al notario que subía presuroso los peldaños de la escalinata, procurando quitarse el sombrero y haciendo ceremoniosos saludos.

—Servidor humildísimo de V., señorita. Como ve, reuno en este momento todos los atributos del derecho y de la fuerza, el código debajo de un brazo y la escopeta debajo del otro; pero la escopeta está debajo del izquierdo... *Cedant arma togæ*. Perdón, señorita; V. no entenderá el latín, y estoy siendo un pedante.

—Ese latín al menos sí lo entiende mi hermana,—dijo riendo el Marqués,—y usted es el mejor hombre del mundo. Ahora venga mi escopeta, y gracias.

Y tomando su arma, subió Octavio la escalinata detrás del notario.

—Me parece que has hecho buena caza—dijo Clara deteniendo á su hermano en el dintel de la puerta y levantando el morral que pesaba sobre sus hombros.

—Seamos modestos y no nos adornemos con plumas ajenas. Esta caza no está muerta por mí.

—¿Pues quién la ha muerto?

—No lo sé. ¡De veras!...—insistió el Marqués al ver el gesto de extrañeza de su hermana.—Imagínate que me había extraviado en las tierras de Pont-Avesnes, cuando encontré otro cazador, que me hizo algunas observaciones y me preguntó quién era con tono bastante seco y forma desabrida. Al saber mi nombre, convirtiéndose de pronto en conciliador y hasta amable, haciéndome tomar casi por fuerza lo que llevaba en su morral.

—¡Cosa tan rara!—dijo la señorita de Beaulieu. Ese hombre ha querido burlarse de ti.

—No, no lo creo; parecía, al contrario, empeñarse en agradarme, y, hecho el regalo, se marchó apresuradamente para impedirme el rehusarlo.

—¿Me permite el señor Marqués que le haga una pregunta?—dijo Bachelin, que había escuchado atentamente esta conversación.

—Hágala V., mi querido notario.

—¿Qué señas tenía ese cazador?

—Un buen mozo, muy moreno, vestido con blusa azul y un viejo sombrero de fieltro gris.

—¡Ah! ¡ah! Es él, en efecto,—dijo el notario en voz baja.—Puedo decir á usted, señor Marqués, quién es el misterioso autor del regalo. Pura y sencillamente el señor Derblay.

—¿El Sr. Derblay,—exclamó el Marqués,—metido en una blusa como un aldeano y cubierto con un sombrero agujereado como un contrabandista? ¡Imposible!

—No olvide V., señor Marqués, que nosotros somos cazadores rústicos. Aquí me tiene V. con la pretensión de presentarme en la vida ordinaria vestido decentemente, y si me encuentra cazando en el bosque le infundiré miedo. Es el Sr. Derblay, esté V. seguro, y si no le reconociera en el retrato que V. hace de él, y que es exactísimo, el

regalo que le ha hecho bastarla para desvanecer mis dudas. El es seguramente.

—Pues entonces la he hecho buena, porque le he dicho en su cara que es un vecino molesto y otras muchas cosas desagradables. Será preciso ir á pedirle que me dispense.

—No habrá necesidad de que se tome usted tal molestia, señor Marqués, y si quiere V. anunciar mi visita á su señora madre, le daré á conocer delante de ella algunos hechos que modificarán seguramente su opinión respecto del Sr. Derblay.

—Con mucho gusto,—dijo Octavio quitándose sus arreos de caza.—El dueño de la ferrería agradable compañero.

Diciendo esto, el Marqués entró en el salón, acercóse á la señora de Beaulieu y le besó respetuosamente la mano.

—Ahí está maese Bachelín, que quiere verte, mamá.

—¿Por qué no entra?—dijo vivamente la Marquesa.—Diez minutos hace que os estoy oyendo charlar sobre la escalinata. Buenos días, mi querido Bachelín.

El notario se encorvó cuanto le permitía su repleto cuerpo.

—¿Me trae V. buenas noticias?—añadió la Marquesa.

El semblante de Bachelín cambió de expresión, convirtiéndose de risueño en serio y preocupado. Eludiendo la contestación

exacta á lo que le preguntaba su noble cliente, respondió en tono serio:

—Traigo á V. noticias, señora Marquesa.

Y como si le corriera prisa ocuparse de otro asunto, añadió:

—Fuí esta mañana á Pont-Avesnes y hablé con el Sr. Derblay. Todas las cuestiones que existían entre V. y él respecto á linderos comunes están resueltas. Mi estimado amigo acepta las condiciones que quiera usted fijar, teniendo mucho gusto en someterse á su discreción.

—Siendo así,—dijo la señora de Beaulieu, algo contrariada,—no tenemos que dictar condiciones. Desde el momento que no hay lucha, tampoco hay vencedor ni vencido. La cuestión queda sometida al arbitraje de V., mi querido Bachelín, y lo que V. haga estará bien hecho.

—Es una resolución que me encanta, y me felicito de ver restablecida la paz entre la ferrería y el palacio. Ya no hay más que firmar los preliminares. Con tal objeto, el señor Derblay proyecta presentarse en Beaulieu con su hermana la señorita Susana, para ofrecer á V. sus respetos, si V. se digna autorizarle.

—Seguramente. Que venga. Tendré mucho gusto en ver al fin á ese cíclope que nos está ennegreciendo el valle... Pero supongo que no es sólo un tratado de paz lo que llena de tantos papeles esa cartera,—

dijo la señora de Beaulieu indicando la que llevaba el notario.—Me trae V., sin duda, algunos nuevos documentos para nuestro pleito.

—Sí, señora Marquesa, sí,—contestó Bachelín con notoria turbación.—Si lo permite V., hablaremos de este negocio.

Y con suplicante mirada indicaba á sus hijos. La señora de Beaulieu le comprendió, oprimiéndole el corazón una vaga inquietud. ¿Qué cosa tan grave tenía que comunicarle su hombre de confianza, que necesitaba quedarse á solas con ella? Pero la Marquesa era mujer resuelta y su vacilación duró poco. Dirigiéndose á su hijo:

—Octavio,—dijo,—entérate de si se han dado las órdenes para que vayan al ferrocarril á esperar á nuestros primos, que llegan á las cinco.

Al oír estas palabras levantó Clara la cabeza, y su hermano se estremeció. La intención de la Marquesa era evidente: aprovechaba un pretexto para alejar á su hijo. Entre aquellos tres seres que tan tiernamente se amaban, había una preocupación misteriosa que se ocultaban mutuamente. Sin preguntar nada y dirigiendo á su madre una sonrisa, Clara y el Marqués se alejaron cada cual en dirección opuesta.

La señorita de Beaulieu bajó lentamente á la terraza, ocurriéndole de pronto la idea de que Bachelín trata noticias del Duque de

Bligny, y muy conmovida, atropellándose los pensamientos en su mente sin que pudiera fijarse en ninguno de ellos, paseaba por debajo de los corpulentos árboles sin noción del tiempo y profundamente turbada.

La Marquesa y Bachelín quedaron solos en el salón. Grave y ensimismado, el notario no hacía esfuerzo alguno para dar á su semblante expresión apacible. La señora de Beaulieu permaneció un momento silenciosa, cual si quisiera gozar hasta el último instante de la tranquilidad que aun tenía. Tomando en seguida una resolución, preguntó:

—Y bien, señor Bachelín, ¿qué tiene usted que decirme?

El notario movió tristemente la cabeza.

—Nada bueno, señora Marquesa, y para un viejo servidor de vuestra familia como yo, la noticia es dolorosa. El éxito del pleito que entabló el difunto Marqués de Beaulieu, vuestro esposo, con sus colaterales de Inglaterra, está gravemente comprometido.

—No me dice V. toda la verdad, Bachelín,—interrumpió la Marquesa.—Si quedara todavía una sombra de esperanza, no estaría usted tan abatido. Hable V.; soy fuerte, y puedo oírlo todo. ¿Han fallado los tribunales ingleses? ¿Se ha perdido el pleito?

No tuvo valor el notario para contestar, é hizo un gesto que equivalía á la más triste afirmación. La Marquesa se mordió los labios y en sus párpados brilló una lágrima.

30629

seca inmediatamente por el fuego que le enrojeció el semblante. Olvidando todo respeto y el sitio en que se encontraba, Bachelín, consternado, se puso á pasear por la sala. La emoción le hacía gesticular, como cuando estudiaba un negocio en su despacho, y se decía:

—¡El pleito se entabló mal! ¡Esos abogados son unos asnos! ¡Y codiciosos!... Escriben una carta, cuesta tanto... Se les contesta, leen la respuesta y apuntan otra cantidad... ¡Si el Marqués se hubiera aconsejado de mí!... Pero estaba en París, y su abogado le dirigió mal. Esos abogados de París son también unos asnos que sólo saben gastar papel sellado.

Detúvose de pronto, y chocando sus manos añadió:

—¡Es un golpe terrible para la casa de Beaulieu.

—Terrible, en efecto,—dijo la Marquesa,—pues ocasiona la ruina de mis hijos. Se necesitan lo menos diez años de economías para que con mi sola fortuna pueda restablecerse el equilibrio de nuestros gastos y nuestras rentas.

Había cesado Bachelín de cruzar el salón, y recobrada la serenidad, escuchaba á la señora de Beaulieu con cariñoso respeto. Sabía que el pleito estaba perdido irremediablemente, porque acababa de recibir la sentencia y no cabía ni apelación ni recurso

alguno. La desdenosa incuria del Marqués había permitido á sus adversarios alcanzar considerables ventajas, y la lucha era ya insostenible.

—Una desgracia llega rara vez sola,—dijo la Marquesa.—Debe V. tener algunas otras malas noticias que dar-me, Bachelín. Aproveche V. la ocasión y dígamelas todas,—añadió la señora de Beaulieu con resignada sonrisa.—Creo que ninguna me será tan perjudicial como la que ya conozco.

—Quisiera participar de esa confianza, señora Marquesa. Lo que tengo que decir á V. me parece menos penoso; pero conozco la delicadeza de su corazón, y temo que, de dos infortunios, sea el de la pérdida de dinero el que menos sienta.

Palideció la Marquesa dominada por extraordinaria agitación. Adivinando lo que el notario iba á decirle, preguntó sin poderse contener:

—¿Tiene V. noticias del señor Duque de Bligny?

—Me había V. encargado averiguar qué era de su señor sobrino,—contestó el notario con ligero acento de desdén, muy característico en aquel ferviente adorador de la aristocracia.—He seguido puntualmente sus instrucciones, y, según mis informes, el señor Duque de Bligny se encuentra en París desde hace seis semanas.

—¡Desde hace seis semanas!—repitió la

Marquesa estupefacta.—¡Y nosotras lo ignoramos!

—Vuestro señor sobrino se habrá guardado bien de que lo sepan.

—¡No ha venido ni viene, conociendo el infortunio que nos aflige! Porque lo sabe, ¿no es verdad?

—Fué de los primeros en saberlo, señora Marquesa.

Hizo ésta un ademán de dolorosa sorpresa, y dijo:

—¡Ah! Tenía V. razón, Bachelín; esto me afecta más cruelmente que la pérdida de dinero. El Duque nos abandona. Ni ha venido ni vendrá; lo presentía: buscaba en nosotras una fortuna, y al desaparecer la fortuna, el prometido esposo se aleja. El dinero es el único móvil en esta época venal y codiciosa. La belleza, la virtud, la inteligencia, nada significan. No se dice «plaza al más digno,» se grita «plaza al más rico.» Nosotros somos ya pobres y no quieren conocernos.

Escuchó con tranquilidad Bachelín el violento apóstrofe de aquella madre dolorida, y á pesar suyo no pudo disimular secreta satisfacción. Tenía enrojecido el semblante, y maquinalmente se frotaba las manos por detrás de su cuerpo.

—Me parece, señora Marquesa,—dijo,—que calumnia V. nuestra época. Es cierto que dominan en ella las ideas positivas; y

que la codicia, natural á la especie humana, progresa notablemente; pero no se debe condenar en montón á todos nuestros contemporáneos. Aun hay hombres desinteresados para quienes la belleza, la virtud y la inteligencia forman el mayor dote que puede tener una mujer. No diré que conozca muchos hombres de esta especie, pero conozco uno, y con él basta para acreditar mi afirmación.

—¿Qué quiere V. decir?—preguntó la Marquesa admirada.

—Pues sencillamente, que uno de mis amigos, persona seria y formal, al ver á la señorita de Beaulieu se ha enamorado locamente de ella. Sabiendo que estaba comprometida con el Duque, no se hubiera atrevido á dar á conocer sus sentimientos; pero si sabe que es libre, hablará, en el caso de que se digne V. autorizarle.

La Marquesa miró profundamente á Bachelín.

—Se refiere V. al Sr. Derblay, ¿no es verdad?

—Sí, señora Marquesa, al mismo,—respondió atrevidamente el notario.

—No ignoro los sentimientos que mi hija ha inspirado al dueño de la ferrería; no los oculta, ni siquiera los disimula.

—¡Ah! es que ama á la señorita Clara, y la ama sinceramente,—añadió con calor el notario.—Pero V., señora Marquesa, no

conoce bastante al Sr. Derblay para poder juzgar su mérito.

—Ya sé que es muy estimado en la comarca... Pero, ¿es V. pariente suyo, mi querido Bachelín?

—He visto nacer á Felipe y á su hermana la señorita Susana. Su padre me llamaba amigo, y esto explicará á V., señora Marquesa, mi audacia en darle á conocer los sentimientos del Sr. Derblay. Ruego á usted que me perdone. A mis ojos, el único defecto de mi cliente consiste en que su apellido se escriba con una sola palabra y sin partícula; pero buscando bien, quién sabe si se encontraría. Su familia es muy antigua. En tiempo de la Revolución, las personas sensatas y honradas procuraban vivir inadvertidas, y acaso pasara lo mismo á los pergaminos nobiliarios.

—Que conserve su nombre tal y conforme es,—dijo tristemente la Marquesa.—Le lleva como hombre honrado, y en el tiempo en que vivimos esto basta. Compare usted al Duque de Bligny, que se aleja de Clara arruinada, con el Sr. Derblay, que busca una joven pobre, y entre el noble y el plebeyo, dígame quién es el caballero.

—Si el Sr. Derblay oyera á V., señora, le harían feliz sus palabras.

—No le repita V. lo que acabo de decir,—interrumpió gravemente la Marquesa.—La señorita de Beaulieu no recibe

generosidades de nadie. Conozco su carácter, y es probable que muera soltera. ¡Quiera Dios, amigo mío, que pueda resistir con fortaleza y resignación este doble infortunio!

Permaneció un momento el notario silencioso, y después dijo con una emoción que hacía temblar su voz:

—Suceda lo que quiera, señora Marquesa, no olvide V. que el Sr. Derblay será el más feliz de los hombres el día en que se le permita alimentar alguna esperanza. Esperará, porque no es de los que tienen el corazón voluble. Creo que los acontecimientos nos reservan á todos amargos pesares, porque permitirá V. ¿no es verdad? á un anciano servidor como yo contarse entre los destinados á participar de sus dolores. Con permiso de V., la aconsejo que nada diga á la señorita de Beaulieu; quizá el Duque de Bligny se arrepienta, y en todo caso nunca es tarde para que sufra la señorita Clara.

—Tiene V. razón. A mi hijo sí debo decirle nuestra desdicha.

Y saliendo á la escalinata llamó con una señal al joven, que sentado en la terraza esperaba pacientemente el fin de la conferencia.

—Y bien,—dijo con alegría,—¿se ha levantado la sesión, ó me llaman VV. para que tome parte en ella?

—Quiero, en efecto,—respondió amablemente la Marquesa,—darte á conocer noticias graves que me afligen mucho.

El Marqués se puso serio instantáneamente y preguntó á su madre:

—¿De qué se trata?

—Maesé Bachelín, hijo mío, ha recibido una comunicación definitiva de nuestro procurador en Inglaterra.

—¿Relativa al pleito?

—Sí.

Octavio se acercó á la Marquesa y dijo cogiéndola afectuosamente la mano:

—¿Qué? ¿Se ha perdido?

Estupefacta la Marquesa al ver la sangre fría con que su hijo preguntaba esta desastrosa noticia, miró á Bachelín como pidiéndole una explicación; pero el notario continuó impassible, y aquélla dirigióse de nuevo á su hijo diciéndole:

—¿Tú lo sabías?

Aliviada al mismo tiempo por la tranquila resignación del Marqués, respiró más á sus anchas.

—No lo sabía positivamente,—respondió el joven,—pero lo aguardaba. Nada quería decirte por respetar tus ilusiones, pero estaba completamente convencido de que el pleito era insostenible, y por ello hace largo tiempo que esperaba la noticia, temiéndola sólo por mi hermana, cuyo dote queda comprometido. Pero hay un medio sencillo de

arreglar las cosas. Le das la parte que me reservas en tu fortuna y no te preocupes de mí, que ya sabré salir adelante.

Al escuchar estas generosas palabras la Marquesa se ruborizó de orgullo, y dirigiéndose al notario le dijo:

—¿De qué puedo yo quejarme teniendo tal hijo!

Alargando al mismo tiempo los brazos al Marqués, que sonreía, añadió:

—¡Eres un muchacho excelente! ¡Ven que te abrace!

—No tiene mérito lo que hago,—dijo el Marqués con emoción;—amo á mi hermana, y haré por su felicidad cuanto sea preciso. Y puesto que la ocasión es á propósito para hablar de cosas tristes, ¿no te parece que el silencio de nuestro primo Bligny tiene alguna relación con el pleito perdido?

—Te engañas, hijo mío,—contestó vivamente la Marquesa, haciendo un gesto como para impedir que el Marqués continuase.—El Duque...

—¡Oh! nada temas, mamá,—interrumpió Octavio con desdeñosa altivez;—si Gastón titubea en cumplir sus promesas ahora que la señorita de Beaulieu no se presenta á él con un millón en cada mano, nosotros no somos gente, según creo, de ir á cogerle por la solapa de la levita para obligarle á cumplir su palabra. En tal caso, me parece que si el Duque de Bligny no se casa con

mi hermana, tanto peor para él y tanto mejor para ella.

—Perfectamente, hijo mío,—exclamó la Marquesa.

—Muy bien, señor Marqués,—añadió Bachelín;—y si la señorita de Beaulieu no es bastante rica para tentar la codicia de un pesca-dotes, siempre será bastante perfecta para seducir á un hombre de corazón.

Con una mirada impuso la Marquesa silencio á Bachelín, y satisfecho éste de que terminara tan favorablemente una crisis que al principio le pareció terrible, despidióse de sus nobles clientes, emprendiendo, con toda la velocidad que le permitían sus viejas piernas, el camino de Pont-Avesnes.

III.

Era, en efecto, el Sr. Derblay, como había asegurado Bachelín, la persona á quien el Marqués encontró en el bosque de Pont-Avesnes vestida como cazador furtivo. Sin hacer caso de Octavio, que le llamaba á gritos, penetró en línea recta á través del bosque, insensible á los rozamientos de las ramas y á los arañazos de las espinas. Reía nerviosamente, pronunciando palabras interrumpidas por exclamaciones, y regocijado

por la aventura que le acercaba á la persona objeto de su muda y lejana adoración.

Bajaba por la pendiente que conduce al valle, cruzando el terreno con sus largas piernas y sin darse cuenta de la velocidad de la marcha, que cubría su frente de gotas de sudor. Iba como su pensamiento, rápido, volando. Cuando el Marqués supiera con quién había estado hablando, porque seguramente llegaría á saberlo, le agradecería el proceder cortés y atento que el vecino molesto, según había dicho, usaba con él, y quién sabe si esto sería causa de entrar en relaciones. En este caso vería de cerca á su adorada Clara, cuyo simpático rostro sonreía perpetuamente en su memoria; llegaría á hablarla, y esta sola idea perturbaba su imaginación hasta el extremo de creer que las palabras quedarían estranguladas en su garganta, permaneciendo ante ella mudo y sobrecogido por la emoción, teniendo que refugiarse en el rincón más oscuro de la sala, y desde allí la miraría á su gusto, haciéndole feliz esta contemplación.

¡Feliz! ¿Podría serlo? ¿A dónde le conduciría este loco amor? ¿A asistir más de cerca al matrimonio de la que con tanta pasión deseaba? Porque seguramente el Duque de Bligny volvería. ¿Qué hombre amado de ta mujer sería bastante loco para desdeñarla? Y de no volver el Duque, se presentaría cualquier otro pretendiente, cualquier bri-